

punto de vista
Paula Bunge

Directora CIMEL-IAE



Los sectores más pobres quieren más tecnología

Los que nacimos antes que la PC y la web vivimos con la sensación de que no importa cuánto esfuerzo pongamos ya perdimos el tren de la tecnología y vemos que va a una velocidad imposible de alcanzar.

Si trasladamos esta experiencia individual al conjunto de la población argentina, encontramos -como en muchos otros ámbitos- que la mitad de las personas está en condiciones aún más desventajosas.

Estar a la altura de las oportunidades que ofrecen hoy las tecnologías de comunicación y entretenimiento demanda tiempo y dinero, dos variables sumamente escasas para los argentinos que pertenecen a los segmentos medio bajo y bajo superior de la población. Un estudio cuantitativo del Centro de Investigación para la Industria de Medios y Entretenimiento

en Latinoamérica del IAE Business School pone de manifiesto que el 43% de los argentinos mayores de 18 años de este segmento de la población no se vincula con las computadoras ni con Internet. La falta de tiempo aparece como la principal restricción, siendo más importante incluso que la falta de dinero.

Aunque llamativo, este hecho es, sin embargo, la consecuencia natural de largas jornadas laborales, de considerables tiempos de traslado y del alto número de hogares sin conexión a Internet. Sólo el 28% de las personas de la base de la pirámide accede a Internet desde la casa. El ciber, lugar de conexión elegido por el 21% de este segmento, cumple una función clave en el acceso a la tecnología, pero implica una inversión monetaria y de tiempo del que no siempre disponen.

““

UNAS 7 MILLONES DE PERSONAS CON BAJOS RECURSOS MANIFIESTAN QUERER MEJORAR SU ACCESO A INTERNET.

Finalmente, el desconocimiento acerca de las formas, beneficios y potenciales usos de la computadora e Internet constituye otro de los factores que incide en excluir a estos individuos de la oferta digital. Si -como evidencia el estudio- sólo el 14% de estas personas accede a la computadora e Internet desde el trabajo, las posibilidades de que puedan generar confianza y de ese modo vincularse con la tecnología parecen remotas.

Es tal el peso de estas limitaciones

que más de un cuarto de los encuestados manifestó un desinterés total por el uso de estas tecnologías fuera del trabajo o del estudio. Por otro lado, contrario a quienes se autoexcluyen, el 40% de las personas de menores recursos, tiene interés en mejorar su acceso e interacción con las computadoras e Internet más allá de estos ámbitos. En valores absolutos estamos hablando de 7 millones más de pasajeros que quieren subirse al tren digital.

¿Quién debe responder a esta demanda? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias futuras de dejar a este enorme grupo de gente privada de las oportunidades que ofrecen estas herramientas? El Estado y quienes operan en esta industria tienen la oportunidad única de generar las condiciones para permitir la inserción de estas personas al mundo digital.